

EL SEXO Y EL LENGUAJE

María Victoria Galloso Camacho

Introducción.

La lengua no es una entidad homogénea sino que varía por diversas causas. La situación hace que cambie el lenguaje y esto mismo puede suceder entre el contexto situacional y el discurso o dentro del mismo discurso (sin contexto). El hablante es capaz intuitivamente de atribuir un texto a un chico o una chica, un joven o un anciano, una persona de nivel cultural elevado o bajo.

A partir de estas primeras reflexiones, que no son nuevas para los hablantes de una lengua, vamos a analizar: ¿Cómo se comporta lingüísticamente cada uno de los sexos? Por otro lado, y como estudios ejemplificadores del tema tratado, mostraremos el caso del nombre de las profesiones y titulaciones de las mujeres, ya que existe resistencia por parte de la comunidad hispanohablante a la utilización del género femenino en estos casos (aunque no en todos). Por ejemplo, en ocasiones se prefiere utilizar el género común (el, la) antes que la moción (-o/-a): “el médico, la médico” frente a “médico, médica”. Y el léxico disponible de hombres y mujeres (centro de interés “insultos”) en una pequeña muestra del español de Salamanca.

En toda esta cuestión tiene todo que decir el uso que del lenguaje hacemos. La calidad y la cantidad del lenguaje que empleamos están sometidas a la valoración y a la aprobación de la sociedad. No podemos afirmar nada en sentido estricto puesto que todo depende del tiempo y del lugar específicos en los que las personas interactúan, lo cual ejerce una influencia sobre el tipo de lenguaje que produzcan hombres y mujeres o sobre la posibilidad de que puedan o no producirlo.

Cómo se comporta lingüísticamente cada sexo.

Hay tres acercamientos distintos ante esta cuestión, aunque es difícil que se encuentren en estado puro.

1. *Mujer y hombre usan códigos parcialmente diferentes.*

Para esta perspectiva se han elegido sociedades más bien “exóticas” para nosotros:

- Lengua koasati (Louisiana, EE.UU.): a los finales en *-l* o *-n* de las mujeres corresponde *-s* en los hombres, y a la inicial *n-* le corresponde *l-* en los hombres; hay diferencias morfológicas en los verbos según los usen hombres o mujeres.

- Tribu Carib (Pequeñas Antillas): a los nombres abstractos las mujeres les dan el género masculino y los hombres el femenino. Hay muchas palabras exclusivas sólo de hombres y otras exclusivas sólo de mujeres.

- Entre los zulúes la mujer no puede pronunciar el nombre de los miembros varones de la familia de su marido. En la tribu de los Cafres (África del Sur) el tabú afecta también a todas las palabras que tienen alguna sílaba de los nombres prohibidos.

- Japonés: formas de los pronombres: en boca de mujeres, “*atashi*”, “*anata*”; en boca de hombres: “*boku*”, “*kimi*”.

Por lo que a la cultura “occidental”, y más concretamente al español, se refiere, también es posible citar ejemplos:

- Diferencias entonativas: más aguda y con gama más amplia en las mujeres (pero también regulable por moda. Por ejemplo, en los años 20 se acentuaba el tono agudo; ahora sucede lo contrario); también hay diferencias de volumen: el susurro es más femenino; los monosílabos alargados o los gritos con función apelativa (“*Pepeeeeeee*”), más masculinos.

- Diferentes terminaciones para masculino / femenino.

- Preferencia por esquemas afijales diferentes: *i-í* (“*Sisi*”, “*Lili*”, “*Fifi*”, “*Mimi*”, “*Vivi*”, “*Quiqui*”), *u-ú* (“*Lulú*”, “*Chuchú*”), *ú-i* (“*Susi*”, “*Chusmi*”, “*Uchi*”) para hipocorísticos femeninos (en general, cierta preferencia por la terminación *-i*; compárese: “*Fonso/Fonsi*”, “*Lolo/Loli*”, “*Goyo/Goyi*”); *-ó, ó-o, á-o* para hombres (“*Fofó*”, “*Totó*”, “*Goyo*”, “*Lolo*”, “*Fonso*”, “*Chago*”). Truncamientos femeninos: “*el suje*”, “*la pelu*”, “*qué ilu*”.

- Léxico específico. Así, para las mujeres, ciertos términos valorativos e hiperbólicos: “*es un horror*”, “*es un amor*”, “*encantador*”, “*mono*”, “*lindo*”, “*rico*”, “*cuco*”; ciertas interjecciones: “*¡huy por Dios!*”, “*¡ay, no me digas!*”, “*¡mua, mua!*”; ciertas deformaciones o sustituciones eufemísticas, referidas

sobre todo a la sexualidad, ciertas partes del cuerpo y ciertas actividades fisiológicas: “coña”, “coñe”, “coñis”, “leñe”; “me duele el pompis”; “es más eso que las gallinas”; “ya hice pipí y popó”; “ha ido a hacer cacas”; “que se te ve el pitorrillo/la churrilla, niño”. Para los hombres: términos de argot (incluidos tacos –pero no sólo– y apelativos en tercera persona para referirse a sí mismo: “el niño”, “el chache”, “este cura”, “el menda”).

- Connotaciones afectivas diferentes en ciertas palabras de clara significación cultural como “amor”, “hogar”.

- Diferencias en la proxémica: la mujer no sólo gesticula más, sino que ambos sexos tienen gestos propios: por ejemplo el que se utiliza para la amenaza.

2. Las diferencias son más bien de frecuencia de aparición de recursos comunes que de código.

Esto es, más cuantitativas que cualitativas. Tal enfoque es muy característico de la sociolingüística variacionista de tipo laboviano, y también de los estudios sociolingüísticos procedentes o entroncados con la dialectología tradicional. En esta perspectiva se insertan:

1. Las observaciones e intercambio de opiniones sobre la mayor o menor corrección del habla femenina: ¿hablan las mujeres más o menos correctamente que los hombres? Tratan de hacerlo: “En una estratificación sociolingüística estable, los hombres usan las formas no estándar con mayor frecuencia que las mujeres”. A este principio se le añade: “si la variación lingüística tiene lugar en un nivel de consciencia de la comunidad de habla”.

La proclividad hacia la forma estándar por parte de las mujeres se ha documentado en las comunidades más diversas: Vertientes, Tarifa, Puebla de D. Fadrique, Buenos Aires, Las Palmas, Santiago de Chile, Montreal, Norwich, Nueva York, Edimburgo... En un experimento llevado a cabo por S. Romaine (1996) en esta última ciudad, las niñas superaban ampliamente a los niños en su elección de las realizaciones más prestigiosas ya a la edad de 6 años. Esto es, las mujeres usan el lenguaje, según estos estudios, como afirmación propia, mientras que hay una asociación de lenguaje no estándar y masculinidad. Relacionado con eso último, en dos tercios de la República Dominicana se dan casos de desconsonantización de *-l/-r* como “conductoi”, “canai”. Pese a ser un fenómeno estigmatizado, se da especialmente entre hombres, sobre todo en contexto ligados a la hombría, como beber alcohol o conquistar mujeres; en Buenos Aires, la conservación de la *-s* final es un fenómeno prestigioso, pero si los hombres la conservan demasiado suenan “afeminados”.

2. Ligado con lo anterior, se ha confirmado la existencia en la mujer (al menos en la capacitada para ello) de una mayor sensibilidad hacia la forma que adopta la propia expresión, lo cual liga su comportamiento al observado en las "clases medias bajas" (término entendido como el grupo social colocado inmediatamente por debajo del que impone la norma), con fenómenos como los siguientes: gama estilística más amplia, hipercorrección, ultracorrección, estigmatización e inseguridad, lo que supone un elemento negativo añadido al primero.

3. El supuesto conservadurismo del habla femenina. Se han citado casos de conservadurismo (Salvador; en 1987 comprobó que seguía valiendo lo detectado): mujeres: *-s, -l/-r*, no yeísmo, conservación de *-d-*; (Alvar; Puebla de D. Fadrique: mujeres: no yeísmo, *-s*) pero también casos en que son innovadoras (Labov cita casos en Nueva York, Detroit, Chicago; Gauchat en la pequeña aldea francesa de Charmey; Irene Lozano en México y Buenos Aires), es decir, inician ellas los cambios. Que las mujeres sean conservadoras o innovadoras depende de muchos factores: a) En qué situación social se encuentran: ¿conocen la norma estándar?, ¿tienen acceso a otras normas?; b) El grado de prestigio del fenómeno en cuestión: si es prestigioso será mejor aceptado por las mujeres; c) El grado en que el fenómeno crea una conciencia de grupo (prestigio encubierto): en este caso puede triunfar más entre los varones.

4. La supuesta mayor pobreza de vocabulario en las mujeres. Se ha dicho que sí, y también que su vocabulario es menos específico y que abunda más en "términos-comodín": "cosa", "cacharro", "cachivache", "el eso", "hacer". Repercusión de los instrumentos de recogida y de la situación laboral.

5. El mayor uso de hipérbolos ("Es preciosísimo"), de términos valorativos, de vocativos cariñosos ("cariño", "vida", "corazón", "ángel mío"), de diminutivos (nos referimos ahora a los compartidos por el hombre, y no sólo a los específicos ya mencionados): "aceitito", "perejilito", "cebollita frita", "vestidito", "faldita", "bragueta", "culito".

6. La supuesta menor trabazón sintáctica: predominio de la coordinación y la yuxtaposición; frases incompletas; cambios bruscos de tema y construcción.

Es característico de esta perspectiva:

a) Considerar (aunque de manera implícita) que el habla femenina es un uso marcado frente al neutro, y ello incluso en los acercamientos tenidos por más científicos, y no sólo en los folclóricos (que, en este tema, abundan). Repárese cómo en la bibliografía es fácil encontrar títulos como «El habla femenina», «El habla mujeril», «Cómo hablan las mujeres», mientras son muy raros los correspondientes masculinos.

b) Considerar que esas marcas son fruto de una situación social en general discriminatoria con la mujer: así se explica, por ejemplo, su conservadurismo, su tendencia al estándar y demás manifestaciones de ultrasensibilidad lingüística, su pobreza de vocabulario e incluso su desaliño sintáctico.

c) Muchos trabajos bordean, además, el peligro de caminar en la dirección opuesta a la que pretenden: no van de los datos a la caracterización del habla femenina, sino de la imagen que de la mujer tienen, a la interpretación de los datos. Es un fenómeno bien conocido el hecho de que las actitudes que mantenemos hacia un grupo social condicionan nuestro juicio sobre su cultura y, por tanto, sobre sus formas de expresión y su habla. Recuérdese a Deborah Cameron, que en un texto cuyo título empieza significativamente "Not gender difference but the difference gender makes" ("No diferencias de sexo, sino que el sexo crea la diferencia"), estudia el uso de las llamadas en inglés "Question Tags", es decir, las que tienen formas similares a la siguiente: "Hoy cenamos fuera, ¿no es eso?; Tienes miedo, ¿verdad?; Ese es Marlon Brando, ¿no?". Hace ver que con frecuencia se ha aludido a que son más abundantes en las mujeres y que ello refleja su posición de dominadas: necesitan constantemente pedir confirmación de aquello que creen o comunican. El estudio de Cameron, sin embargo, indica en primer lugar que este tipo de preguntas no siempre es señal de dominio, sino que con frecuencia su misión es "facilitar" o "suavizar" el intercambio lingüístico; en segundo lugar, que las preguntas son una forma de controlar el discurso del otro, de modo que en el discurso "asimétrico" (médico-paciente; juez-acusado...) son especialmente abundantes en quien lleva la voz cantante, y no precisamente en el "dominado", y ello tanto más cuando la respuesta está "cerrada", como en las Q. T.; y en tercer lugar –y esto es lo que más nos interesa aquí– que una misma pregunta puede ser vista como señal de dominador o como señal de dominado según quién la emita, es decir, cuando ya otros indicios –por ejemplo el sexo– nos han llevado a formar una opinión al respecto. De modo que –concluye– habría que preguntarse no cuáles son las diferencias entre los sexos, sino qué diferencias produce el sexo, es decir, en qué medida un mismo uso lingüístico es medido con diferente significación según el sexo que lo emite.

3. Mujeres y hombres usan el mismo código, pero de forma distinta.

La distinta forma de usarlo no tiene que ver con que algunos recursos aparezcan con mayor o menor frecuencia (lo cual puede ser cierto, pero accidental), sino con el hecho de que con los recursos comunes "se construyen estrategias comunicativas diferentes" (de modo que, por ejemplo, hombres y mujeres tienen una forma diferente de ceder el turno, desarrollar una materia

y cambiar a otra, interrumpir a los demás o hablar al mismo tiempo, seguir las normas de cortesía, realizar de una forma u otra los diversos tipos de actos de habla, etc.). De acuerdo con esta forma de ver las cosas, habla masculina y habla femenina son dos “subcódigos comunicativos”. Se han considerado, por ejemplo, “formas femeninas de usar el lenguaje”:

1. La mayor cantidad de habla emitida, es decir, el hecho de que las mujeres sean “más habladoras”. Esto tiene mucho de tópico impresionista. En los experimentos realizados se concluye a veces lo contrario (Thorne y Henley), pero tampoco son de fiar porque los resultados están muy condicionados por el experimento mismo. En todo caso, todos los trabajos han demostrado la influencia en esto del sexo del interlocutor o interlocutora, de modo que en conversaciones mixtas los hombres hablan más tiempo que las mujeres. También depende del tipo de conversación; se ha hablado de dos formas distintas de hacer uso de la palabra:

a) “Palabra monologada”: habla una sola persona, su intervención es larga y tiende a la peroración. Su finalidad principal es informar.

b) “Palabra colaborativa”: no hay una persona que expone un tema, sino que el desarrollo de éste se va realizando entre varios participantes, cuyas intervenciones son sucesivas y breves. Se propician las bromas y risas y hay sensación de libertad de intervención. Las preguntas tienen por fin mostrar interés o animar a intervenir.

Pues bien, en la monologada, los hombres toman más veces la palabra y consumen turnos hasta cuatro veces más largos que las mujeres. En el otro tipo de conversación los hombres hablan menos que las mujeres.

2. Tema general de conversación o pintadas de los retretes. En general, las mujeres prefieren hablar de personas y sentimientos, y los hombres de cosas y situaciones.¹ Así lo indican también los temas a que se dedican las revistas específicamente femeninas, frente a las dedicadas a los hombres.

3. Prácticas verbales ligadas más a un sexo que a otro (“piropos” a hombres; ahora las mujeres también piropean, pero sigue habiendo diferencias: el piropo femenino no va acompañado de gestos, es menos obsceno y apunta más a la virilidad —“Queremos un hijo tuyo”— y a la fortaleza que a la belleza. “Cuentos” ligados a mujeres; éstas, además, hablan más con quien no puede hablar: bebés, animales, plantas, televisores, paredes...). En cambio, contar “chistes” es más propio de hombres, en primer lugar por su contenido fre-

¹ Deakins estudió los temas de que hablaban los empleados de banco a la hora de comer. En los grupos exclusivamente femeninos se hablaba de gente: los amigos, los niños, los compañeros, la pareja. El segundo tema preferido eran los negocios y el tercero la salud, con una vertiente favorita: la preocupación por el peso. Para los grupos de varones el primer tema eran los negocios, el segundo la comida y el tercero los deportes y el ocio (187).

cuentemente sexual o escatológico; en segundo lugar porque permite mantener más tiempo la palabra sin ser interrumpido. Por otra parte, los “halagos” abundan más en las conversaciones entre mujeres, así como las “disculpas” que, por otra parte, aceptan más que los hombres.

4. El hombre interrumpe más. Al menos así se afirma en varios trabajos, incluso recientes y de distinta procedencia. De todos modos, en 1993 Deborah James y Sandra Clarke revisaron la bibliografía existente y llegaron a la conclusión de que no existe un patrón claro a este respecto y que incluso en las conversaciones únicamente femeninas puede darse un mayor solapamiento de discurso. La aparente contradicción puede explicarse si se piensa que no todos los solapamientos tienen el mismo significado: unos tienen como misión apoyar al interlocutor o interlocutora mostrando acuerdo, anticipando el final, como para darle a entender que llevar a término esa conversación es una misión común; otros, en cambio, son una especie de lucha por el uso de la palabra. Pues bien, parece que el primer tipo de solapamiento es típicamente femenino y el segundo típicamente masculino, lo cual, por cierto, puede dar lugar a malentendidos: el hombre puede interpretar las interrupciones de la mujer como intentos de quitarle la palabra e intentarlo a su vez de modo reiterado e irritante para su interlocutora (de nuevo, conflicto de culturas como el que ocurre entre ciertos finlandeses que hacen largas pausas en su discurso y son considerados por los hablantes de otras zonas como lentos y estúpidos; los de estas zonas, a su vez, son vistos por los primeros como alocaos y con cierta mala educación).

5. Más rapidez lingüística en la mujer; balbucea menos y retoma menos sus frases para corregirlas, lo que contribuye al desaliño sintáctico ya mencionado. El hecho se ha atribuido a que el hombre siente más responsabilidad social por su emisión lingüística. El hecho parece contradictorio con la afirmación de que la mujer busca más ceñirse al estándar. En realidad ambas cosas son compatibles: la mujer huye de lo estigmatizado, de lo que en el mundo rural se llama “hablar feo”; pero esos estereotipos afectan más a las unidades concretas que a la construcción sintáctica. Por otra parte, la afirmación referida a la sintaxis masculina tiene que ver más con el discurso público, no con el privado. Quizá en éste las cosas sean distintas.

6. La mujer pregunta más. En realidad lo que sí parece que ocurre es que la mujer emite mayor número de “estructuras interrogativas”, pero ello no quiere decir que todas sean auténticas preguntas. Muchas veces se trata de confirmaciones (“¿Entonces salimos a las nueve?”), de peticiones (“¿Me pasas ese cuchillo?”) o de actos de cortesía (“¿No te sientas?”), de señales de interés por lo que se está diciendo, es decir, de “actos de habla indirectos”

que, efectivamente, parecen ser más abundantes en las estrategias comunicativas de la mujer y no sólo referidos a estructuras interrogativas.

En realidad se trata de un comportamiento más general que no afecta sólo a las preguntas, sino a un elenco mucho más amplio de actos de habla, que pueden ser realizados –y lo que es peor para la comprensión, interpretados– por hombres y mujeres de forma muy diferente. Así, en las mujeres las aseveraciones son con frecuencia “mitigadas” por expresiones como “creo que, en mi opinión, una especie de, quiero decir” que la crítica especializada ha interpretado de forma diferente: como un síntoma de debilidad y de dominio sufrido; o como “salvaguarda de la imagen”, que facilita la retracción y abre al interlocutor o interlocutora la posibilidad de discrepar. La discrepancia, por cierto, también se apoya, cuando se trata de mujeres, en fórmulas suavizadoras del mismo estilo, o en estrategias que consisten en empezar resaltando algún aspecto en que ambos interlocutores coinciden, o en destacar las notas positivas de lo señalado por el otro.

Ya vimos, por otra parte, cómo el “piropo” se ejecuta de forma distinta (cuando se ejecuta) por parte de las mujeres. Éstas, además, también “insultan” de forma distinta (los insultos de los hombres son más directos, rudos, fuertes y malsonantes). Por lo que respecta a los “consejos”, es más habitual en los hombres que los den como respuesta a un problema que se les cuenta; las mujeres, ante un problema que se les cuenta, tienden más a manifestar que lo entienden, porque ellas conocen de cerca o han padecido un problema similar.

En un estudio sobre “entrevistas televisivas” a determinados políticos, Joanne Winter (1993) concluye que los entrevistadores varones consumen más tiempo en el monólogo inicial que las preparan, interrumpen más a quien entrevistan, van a un ritmo más rápido y hablan más alto. Las entrevistadoras, por su parte, se sirven de la entonación para estrechar el margen de respuesta y evitar las evasivas.

Pero quizá los actos de habla en cuya realización hay una más notable diferencia entre hombres y mujeres sean las “órdenes”, acto intrínsecamente negativo para la imagen del otro. De ahí que una estrategia “reparadora” sea convertirlas en ruegos: se pide algo del otro pero como si no se tuviera derecho a ello, con lo que su imagen no queda herida. Pues bien, es una estrategia más practicada por las mujeres, lo cual, por cierto, a veces las desacredita, como carentes de autoridad, ante sus colegas masculinos.

7. Los elementos paralingüísticos usados en la conversación pueden tener un uso y un significado diferentes según los sexos. Los “ahá, mmm” y los movimientos de cabeza tienen con frecuencia en la mujer un significado fático, es decir, indican que se está escuchando y no necesariamente que se

esté de acuerdo. En el hombre es éste último el significado que predomina. Es ésta una nueva fuente de malentendidos: la mujer, al no ver esos gestos en el hombre, puede pensar que no está siendo escuchada; el hombre se extrañará si después de esos gestos oye que se discrepa de él.

Dentro del comportamiento no verbal, está también el uso diferente de la mirada que hace cada sexo: en el femenino, es un elemento activo de contacto; en los hombres, en cambio, tiene mucha menor relevancia.

Como ocurría con el otro enfoque, todavía estamos pendientes de confirmar algunas de estas características. Y, como también ocurría antes, con frecuencia se liga el comportamiento verbal de la mujer con su papel de “dominada”: por eso es interrumpida con mayor frecuencia, balbucea menos, usa más actos de habla indirectos, etc.

La disparidad de objetivos con que hombres y mujeres afrontan una conversación puede dar lugar a malentendidos como los que se producen entre culturas diferentes (caso de la británica casada con un hindú que cuando fue a conocer a su familia política alababa todo lo que veía en la casa sin saber que en esa cultura alabar es pedir indirectamente que te regalen lo que alabas).

El sexo ante el nombre de las profesiones y titulaciones de las mujeres.

La relación entre el lenguaje y los sexos ha interesado considerablemente en los últimos años a la crítica especializada, sobre todo por la aspiración a la igualdad entre hombres y mujeres. El lenguaje tiene relevancia sociolingüística ya que puede reflejar las distintas actitudes sociales de ambos sexos. Todo comienza por la crítica de la visión del mundo desde un punto de vista masculino, visión que fomenta una “discriminación sexual” y conduce al descrédito del papel desempeñado por la mujer en la sociedad.

En algunas áreas de la gramática y del vocabulario ello es particularmente visible. Es el caso del nombre de las profesiones y titulaciones de las mujeres, donde se ha visto cierta resistencia por parte de los y las hispanohablantes a la utilización del género femenino. Por ejemplo, en ocasiones se prefiere utilizar el masculino o el género común (“el”, “la”) antes que la moción (-o/-a): “el médico, la médico” frente a “médico, médica”.

Para llevar a cabo esta investigación hemos realizado unas encuestas a estudiantes de nivel preuniversitario (hombres y mujeres) que consisten en escribir en un papel todos los nombres de profesiones y oficios que les vinieran a la mente en un tiempo de dos minutos. ¿Cómo se refleja este complejo fenómeno en los datos de nuestro corpus? A pesar de que en él los ejemplos

en femenino parecen poco numerosos, las recomendaciones para la utilización de un lenguaje no discriminatorio y la demostración por parte de las mujeres de que están capacitadas para desempeñar trabajos antes vedados a ellas empiezan a surtir efecto en el cambio lingüístico que, por otro lado, necesita mucho tiempo para desarrollarse y consumarse.

Las profesiones que aparecen en masculino y femenino o sólo en femenino son en orden decreciente de disponibilidad: “enfermera”, “ama de casa”, “secretaria”, “azafata”, “monja”, “actriz”, “puta”, “modista”, “mecnógrafa”, “peluquera”, “criada”, “costurera”, “niñera”, “pedagoga”, “asistenta”, “médica”, “maestra”, “doctora”, “prostituta”, “bibliotecaria”, “farmacéutica”, “bailarina”, “dependienta”, “carnicera”, “presentadora”, “sirvienta”, “tendera”, “cajera”, “madre”, “cocinera”, “diseñadora”, “señora de la limpieza”, “empleada del hogar”, “lavandera” y “ramera”.

Antes de emprender el análisis particularizado de la variable social “sexo” cabe señalar una serie de características generales que se desprenden de los resultados:

1. El número de profesiones en femenino es insignificante comparado con el número total de profesiones que figuran en cada lista, aunque algunas respuestas son muy reveladoras.

2. La mayoría de ellas tiene un índice de disponibilidad muy bajo, es decir, que ha sido escrita en una o dos ocasiones y no precisamente en los primeros lugares de la lista. Y las que cuentan con un índice de disponibilidad más alto son profesiones tradicionalmente desempeñadas por mujeres: “enfermera”, “ama de casa”, “secretaria” o “azafata”.

3. El número de femeninos de profesiones socialmente bien consideradas y bien pagadas, por tratarse la mayoría de ellas de profesiones universitarias, es escaso y con un índice de disponibilidad muy bajo. Algunos ejemplos son “médica”, “maestra”, “pedagoga” o “farmacéutica”. Junto a éstas figuran mayoritariamente profesiones referidas a tareas realizadas tradicionalmente por mujeres y que hoy en día siguen teniendo una consideración peyorativa: “ama de casa”, “sirvienta”, “niñera”, “criada”, “señora de la limpieza”, “empleada del hogar”, “costurera”.

4. Por otro lado, la evocación de varias profesiones que aparecen en femenino no viene dada tanto por la influencia de factores como el sexo, el tipo de centro o los estudios de los progenitores, sino más bien por una asociación con el vocablo anteriormente escrito: “piloto”, “azafata”; “médico”, “enfermera”; “actor”, “actriz”; “cura/sacerdote”, “monja”. Ya hemos señalado que no es casual que la profesión masculina que dispara el femenino sea más prestigiosa.

5. No faltan informantes que consideran profesión algunas actividades que no lo son como es el caso de "madre", pero las dos veces que aparece se pone de manifiesto la relevancia sociolingüística del sexo pues una de ellas ha sido evocada por una mujer y, por el conjunto de sus respuestas, lo que parece es que estén llevando a cabo una reivindicación muy actual: el trabajo de la "ama de casa" (y, en consecuencia, de la "madre") debe ser considerado como una profesión e, incluso, ser remunerado.

Éstas son las características generales que hemos podido destacar del total de respuestas. Ahora vamos a ver las posibles variaciones, si las hay, según la variable "sexo":

1. Recordamos lo que afirmábamos más atrás de que la mayoría de las profesiones en femenino que figuran en los listados cuentan con un índice de disponibilidad muy bajo por haber sido escritas en una o dos ocasiones y en los últimos espacios vacíos que van quedando. Pues bien, son varones sobre todo los que suelen responder de esta forma. También hay algunas mujeres, pero en proporción el número es irrelevante. Por otro lado, frente a las mujeres, que suelen ofrecer un número mayor y un tipo variado de respuestas, la mayoría de ellos suelen responder, como decíamos, con tan sólo una entrada en femenino tratándose la mayor parte de las veces de las tradicionalmente desempeñadas por mujeres: "enfermera", "ama de casa", "secretaria", "azafata"; o de las desprestigiadas socialmente: "prostituta", "puta". Por lo tanto, el número y la variabilidad de las respuestas son escasos y no se aprecia en ningún momento el papel real de la mujer de hoy, que desempeña otro tipo de profesiones diferentes a las de toda la vida.

2. A este hecho se le añade otro que es el siguiente: si observamos detenidamente el tipo de respuestas de los informantes masculinos, nos daremos cuenta de que la mayor parte de las veces no sólo se limitan a dar una única respuesta, siendo ésta una de las tradicionalmente desempeñadas por las mujeres, sino que además lo suelen hacer por una asociación con el vocablo anteriormente escrito: "piloto", "azafata"; "médico", "enfermera"; "actor", "actriz"; "cura/sacerdote", "monja".

3. Son las mujeres las que han escrito en femenino mayor variedad de profesiones: por un lado, profesiones bien consideradas socialmente: "médica", "maestra", "pedagoga", "profesora", "farmacéutica", etc.; por otro lado, tareas realizadas tradicionalmente por el sexo femenino, tanto las anteriormente citadas de "enfermera", "secretaria" o "azafata" como otras que hoy en día siguen teniendo una consideración peyorativa, aunque esta consideración ha disminuido notablemente: "ama de casa", "sirvienta", "niñera", "criada", "señora de la limpieza", "empleada del hogar", "costurera" (estas respuestas son las más comunes de todas); y, por último, en muy pocas ocasiones,

vulgarismos que dan nombre a profesiones como la “prostitución”, que alcanzan ahora un grado de disponibilidad muy bajo.

4. En cuanto al reconocimiento de “madre” como nombre de profesión, ocurre, como ya dijimos, en dos informantes, uno de sexo masculino y otro de sexo femenino. El primero es el que corresponde a la mujer, en cuya respuesta parece que desea destacar el papel femenino en todas las tareas domésticas: “ama de casa”, “madre”, “educar”, “hacer reír”. El varón, por su parte, no sólo destaca el papel materno sino también el paterno respondiendo “padre”, “madre”.

5. Relacionado justamente con lo anterior está nuestro siguiente comentario: a pesar de que a simple vista deberían ser las chicas más proclives al femenino en los nombres de profesión (y, por ello, a la incorporación de la mujer al mundo laboral), han sido escasos los ejemplos de informantes mujeres que hayan evocado de manera contigua la misma profesión en femenino y masculino. En cambio, sí ha habido algún caso de hombres que lo hacen.

6. Y para finalizar nos detendremos un poco más en un tipo de respuestas bastante frecuentes entre los varones: las referidas al mundo de la prostitución. Entre los resultados se encuentran: “puta”, “prostituta” y “ramera”, escritas una vez cada una por informantes varones. Junto a esto hay que comentar también la aparición de la palabra “prostitución” en dos ocasiones y en informantes varones. Todos estos datos ponen de manifiesto que son sobre todo los varones los que evocan profesiones desempeñadas por mujeres pero desprestigiadas para la sociedad, mientras que ellas hacen referencia más veces a profesiones prestigiosas y, sobre todo, a profesiones no prestigiosas pero dignas.

El sexo ante el insulto.

Aplicando de nuevo la encuesta anterior a hombres y mujeres de nivel preuniversitario, tratamos de descubrir el léxico disponible (insultos) en una pequeña muestra del español. Comprobamos, de un modo más particular, la disponibilidad léxica de hombres y mujeres.

Este factor ejerce una gran influencia en el comportamiento de los sujetos. Y esta diferencia no es tan significativa en cuanto a la cantidad de vocablos que producen ambos grupos, ya que los hombres sólo sobrepasan a las mujeres en 5 palabras diferentes, sino más bien en cuanto a la calidad de los mismos.

Si analizamos los insultos más disponibles de los hombres y los comparamos con los femeninos llegamos a la conclusión general de que es cierto

que los hombres hablan más el argot que las mujeres, utilizan un lenguaje más vulgar cargado de insultos y tacos: “hijo de puta” (frente a “imbécil”); “cabrón” (frente a “tonto”); etc. Es verdad que las mujeres de hoy, más bien jóvenes, empiezan a utilizar sin prejuicios formas que, en épocas anteriores, sólo el hombre podía decir: “cabrón”, “hijo de puta”, “maricón” y “desgraciado” referidos a hombres. Igualmente, en la encuesta de los hombres, entre los 20 primeros puestos figuran ya dos “apelativos” dirigidos a la mujer: “puta” y “zorra”.

Son más las mujeres que citan el mismo insulto en masculino y en femenino, lo que quiere decir que lo utilizan indistintamente para los dos sexos; sin embargo, el hombre tiene insultos para hombres y para mujeres diferentes.

En cuanto a la forma de los insultos, entre las respuestas masculinas encontramos el verbo “cagarse” en bastantes ocasiones: “me cago en Dios”, “en la Virgen”, “en la hostia”, “en tu padre”, etc. Quizás no debería aparecer en las encuestas ya que no es propiamente un insulto, aunque sí un ataque contra otra persona. Sin embargo, es curioso el hecho de que no aparezca ni una sola vez en las mujeres excepto una y utilizando el femenino que esconde su verdadero significado: “me cago en Crista”. Son, junto a “modosita”, “hijo de la Gran Bretaña”, “que te den” y “tontorrón”, los denominados eufemismos. Así, frente a los sufijos femeninos *-ona*, *-ita*, tenemos *-azo* *-on* para los hombres (“cabronazo”, “mamonazo”, “mamón”). Los hombres, no sólo suelen recurrir a sufijos despectivos y negativos de este tipo, sino también a expresiones que hacen referencia a las partes íntimas femeninas y masculinas: “bobo los cojones”, “tocahuevos”, “chocholoco”, “lameculos”.

Otra característica del léxico de los hombres es la cantidad y variedad de formas que tienen para referirse a las mujeres (“zorra”, “puta”, etc.) y a los homosexuales (“maricón”, “maricona”, “marica”, “marmota”, “cerapio”, “pitudisminuido”, etc.); en el léxico de las mujeres únicamente encontramos “maricón” y “marica triste” (esta última matizada, como ya comentábamos).

Por último, en cuanto a los campos semánticos que más suelen insultar hombres y mujeres tenemos: HOMBRES > inteligencia (“gilipollas”, “idiota”, “imbécil”, “tonto”, “bobo”, “estúpido”, “subnormal”, “retrasado”, “necio”, “memo”, “pelele”, “majadero”, “mentecato”, etc.); ideología (“nazi”, “sexista”, “cacique”, “fascista”); limpieza (“cerdo”, “marrano”, “guarro”, “cochino”, “puerco”, “hediondo”); provecho propio (“buitre”, “lameculos”, “hipócrita”, “chupatintas”, “ladrón”, “gambas”); MUJERES > inteligencia (“imbécil”, “tonto”, “gilipollas”, “bobo”, “estúpido”, “idiota”, “subnormal”, “payaso”, “abulto”, “zumbado”, “abobao”, “inepto”, “majareta”, “cabeza hueca”, “palurdo”, “memo”, “inútil”, “lelo”, “ido”, “mongólico”, etc.); aspec-

to físico (“cateta”, “chepudo”, “gordo”, “cabezón”, “espantajo”, “saco de patatas”, “bola de sebo”, “pijo”); comportamiento (“burro”, “salvaje”, “gamborro”, “cafre”, “golfo”).

Las mujeres no son tan bruscas como los hombres al blasfemar; mientras ellos buscan voluntariamente herir, ellas suavizan constantemente el vocablo recurriendo a cualquier fórmula. Hay insultos que utilizan los dos sexos indistintamente porque parecen haber perdido su verdadero sentido insultativo, caso de “gilipollas”, que ocupa el tercer puesto en el orden de disponibilidad tanto en hombres como en mujeres. Lo que sí varía es la cantidad de veces que aparece, superior en los hombres, pero escasamente superior. De todos modos, el grado de disponibilidad es mayor en el sexo masculino en la práctica totalidad de los insultos ya que los hombres utilizan como promedio más insultos que las mujeres.

Parece que la mujer evita los insultos más bruscos frente al hombre, lo que quizás puede deberse a la educación distinta que han tenido desde niños hombre y mujer: mientras a él no se le corrige con severidad, a ella se le amenaza incluso con “lavarle la boca con jabón”. Sin embargo, esta diferencia es más perceptible si analizamos el léxico disponible de las mujeres con edades comprendidas entre 20 y 40 años y las que superan los 50. Y los resultados de estas últimas con los hombres de la misma edad. Las mujeres de más edad utilizan insultos más débiles que los hombres de las mismas generaciones. Estos últimos respecto a las chicas de 20 a 40 años ya no se diferencian tanto, y sí hay gran variación entre los grupos de mujeres. Ello se explica posiblemente por el cambio que se persigue en la sociedad actual: la igualdad social entre hombres y mujeres. A pesar de ello, todavía no han desaparecido estos prejuicios que tan hondas raíces tiene en nuestra cultura. En el caso de los insultos, la principal razón de que la mujer no los utilice con frecuencia no es que sea más consciente de la valoración que la sociedad hace de los fenómenos del lenguaje e intente acercarse siempre a las formas más prestigiosas, sino que como afirma Humberto López Morales: “En el fondo, las diferencias lectales entre hombres y mujeres surgen de un conjunto definido de actitudes: son diferentes socialmente porque son diferentes los patrones educativos y distintos los papeles asignados a ambos sexos” (1993: 126).

Obras citadas.

Alvar, Manuel. «Diferencias en el habla de Puebla de D. Fadrique (Granada)». *RFE XL* (1956): 1-32.

Cameron, Deborah. *Feminism and Linguistic Theory*. London: Mcmillan, 1990.

Deakins, Alice H. *Talk at the Top: Topics at Lunch*. English Department: William Patterson College, 1989.

Gauchat, Louis. «L'unité dans le patois d'une commune». *Aus Romanischen Sprachen und Litteraturen* (1905): 165-232.

James, Deborah y Janice Drakich. «Understanding Gender Differences in Amount of Talk». Toronto: Linguistics Department-University of Toronto, 1989.

Labov, William. *The Social Stratification of English of New York City*. Washington D. C.: Center for Applied Linguistics, 1966.

López Morales, Humberto. *Sociolingüística*. Madrid: Gredos, 1993 (2ª ed.). Interesan las páginas 118-128.

Lozano Domingo, Irene. *Lenguaje Femenino, Lenguaje Masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?*. Madrid: Minerva Ediciones, 1995.

Romaine, Suzanne. *El lenguaje en la sociedad*. Barcelona: Ariel, 1996. Interesa el capítulo 4, «Lengua y género».

Salvador, Gregorio. «Fonética masculina y femenina en el habla de Ver-tientes y Tarifa (Granada)». *ORBIS I* (1952) 19-24. Todo este número recoge trabajos de diversos autores dedicados al mismo tema.

Silva-Corbalán, Carmen. *Sociolingüística. Teoría y Análisis*. Madrid: Alhambra Universidad, 1989. Interesan las páginas 69-75.

Thorne, B. y Henley, N. *Language and Sex*. Rowley: Newbury House, 1975.